

Cuando Cabimas era un solo camino de tierra

El Nacional,

con el aceite de coco que elaboraban Ramón Quintero y Natividad Freites, o con velitas de esperma que valían a centavo o con carburo, "que es el invento que vino después".

–Porque Cabimas era pobre, "demasiado"...

–3–

La terrible sacudida tuvo su oráculo.

En una casita de barro de Ambrosio, donde queda ahora la quinta de José León, vivía María Acosta, sola con una hijita de 7 años. Era una mujer extraña con arrebatos pasajeros en que solía pasar por las calles gritando disparates.

Desatinos como hablar en nombre del Padre Eterno anunciando "que iban a venir máquinas de hierro que harían mucho ruido, y pájaros grandes por el aire; que todo terminaría en llamaradas y en catástrofe". Y un día de 1911, cuando ya la mujer se había ganado un puesto entre los locos del pacífico pueblo que andaba a pie y en burro, y se le empezó a tener lástima, la mujer desapareció. Se fue para La Rita por una pica que había entonces, y se extravió. La gente salió a buscarla golpeando los parches de los tambores que solían sacar los vecinos por las fiestas de San Benito, pero no la encontraron. "Como si la hubiese comido el camino".

La gente la recordó cuando comenzó a llegar gente con máquinas y cuando estalló aquel tremendo surtidor de petróleo que comenzó a regresar al suelo como una llovizna viscosa y negra que podía pegarlos a su tierra y enterrarlos como simples moscas. Y la invocaron cuando después comenzaron a llegar hombres y mujeres de quien sabe dónde, armando terribles escándalos en los tugurios, ferias permanentes de juego con estallidos de música metálica que perforaba durante las noches todas las paredes de barro.

–La gente –me dice con toda seriedad Antonio Fernández– se acuerda de María Acosta como de un profeta.

–4–

Al mismo paso que la Venezuelan Oil Concession levantaba sus torres de madera con calderas de vapor a leña en La Rosa, y la British Equatorial (después Lago y más tarde Creole) inició sus perforaciones en la orilla de la playa y comenzó a desarrollarse la industria petrolera, Cabimas fue creciendo con lo bueno y lo malo que traen las aglomeraciones humanas, ante el escándalo de algunos pacíficos que veían cómo los cabimenses "comenzaban a abrir los ojos muy contentos del jolgorio".

Aún hay en pleno centro de la ciudad casas de techo de eneas y paredes de barro embutidas con conchas de coco y varillas de guedas, resto de aquellas primeras 336 casas censadas a principios de siglo a lo largo del único camino de tierra que era el caserío. A las rústicas rancherías de palma y enea se unieron primero las tiendas con "puestos" donde los trabajadores podían "colgar una hamaca, guardar una maleta y, si era margariteño, amarrar un gallo", signo evidente de provisionalidad; y más tarde

aparecieron los "gatos", ranchos de tablas con techo de zinc a los que se atribuye por su insalubridad el origen de un fuerte índice de tuberculosis; luego las viviendas colectivas, y después de 1936, las viviendas ya más cómodas que se conocen hoy, en constante progreso.

Con aquellos primeros derroches de dinero en aguardiente en los botiquines de La Rosa, el "Casino de La Rosa" y "La Hacienda", "Cabaret El Majestic", donde están ahora las oficinas de Correos y Teléfonos; "El hijo de la noche", "El Globo", donde llegaron las mujeres como a los bajaderos, y donde el juego se llevaba fortunas en morocotas redondas y brillantes como soles, con aquellos primeros derroches fue también desarrollándose el comercio.

En 1916, Pedro Navas tenía una bonita venta de víveres, y Telémaco Freites, este buen Quijote con anteojos, un respetable negocio de divide para teñir que mandaba fuera. El primer negocio de víveres y mercancías en grande lo fundó Domingo Toledo Nery, que después se trasladó a Maracaibo, y cuyo dependiente, Omar León Salas, es ahora gerente de la Zulia Motors y Presidente del Centro Rotario de Maracaibo. El primer cine lo montó Carlos Rojas con el nombre de "Cine Cabimas" (después Cine Fox) detrás de la casa de gobierno, que era un corral de tablas.

El primer chofer de Cabimas fue Antonio Fernández ("una rata se comió los papeles"). Cuando comenzó, era un Ford de tres pedales de don José María Luzardo, primero suyo metido en negocios de navegación. El segundo cabimense en manejar fue Gabriel González, que estaba al servicio de Ramón Mora. Eran los tiempos en que un carro causaba en Cabimas tanta admiración como la que puede producir hoy la llegada de un platillo volador cargado de marcianos. Hasta entonces, lo que hubo allá eran unos pocos carros de madera tirados por yuntas de bueyes para sacar zapatero, habillo, ceiba, curarire, ébano, desde los bosques hasta el puesto sobre la carretera.

-5-

Los carros de 1916 prendían con manilla, y había que levantar una de las ruedas de atrás, y bajar la palanca en cuanto prendía. Ningún chofer quería arriesgarse a manejar desde Ambrosio hasta Lagunillas (unos 40 kilómetros) por lo peligroso. Antonio Fernández se fue, por una urgencia, manejando para Mr. Augusto, de la Lago. Salieron de la plaza de Cabimas a las 9 de la noche y estuvieron por esas ciénagas y atascaderos hasta las 2 de la tarde del día siguiente, que es cuando llegaron a Tasajeras, "un punto más aquí que Lagunillas". A veces, la "travesía" desde Cabimas hasta Lagunillas en carro duraba cinco días, prendiendo candela de noche para espantar el tigre y la plaga.

El primer taller de reparaciones lo montó Angel González, que llegó de Maracaibo. Lo puso en Ambrosio, frente a la Cruz. Después Pío Cárdenas montó otro en la calle principal.

En estos primeros tiempos del automóvil, la gasolina se compraba en algunos establecimientos de mercancía, a 12 bolívares la lata de 18 litros. Los carros de tres pedales eran de magneto, sin batería; la intensidad de la luz dependía de lo acelerado que estaba el motor, y cuando se accidentaba, aunque fuese de noche, no daba más luz

que un yesquero seco. La velocidad máxima era de 40 km. pero no había vehículo con ruedas que hiciese más de diez en aquel huequero.

-6-

Hoy, el núcleo que empezó en La Rosa con Víctor Urdaneta, Domingo Matos, Alberto Pulgar y José Antonio Perozo, que se citan como los pioneros, y que se fue extendiendo hacia La Salina, es una sola empalizada de palo a pique desde lo que es la Plaza Bolívar hasta la playa se ha extendido hasta contar los barrios de Ambrosio, La Rosa Vieja, Tierra Negra, La Montañita, Punticotea, Las Delicias, La H., La Cabilla, Corito, La Vereda, Palito Blanco y Barrio Obrero. Todavía los agüeros, con sus carros de burro, venden por las calles agua dulce a real la lata, y quedan en el centro algunas casas de techo de eneas, pero la vieja población que recuerdan Telémaco Freites, que tiene 83 años, y Antonio Fernández, que debe andar por los 60, está quedando definitivamente atrás. Hasta el pronóstico de María Acosta, la loca que se perdió por aquella pica de a pie y en burro, dejó de estar al día, porque la nueva gente que vive en Cabimas ha oído hablar de ella como de una loca más.